

Sobre la «misa con jóvenes» y la «misa de los jóvenes»

EMILIO SALADO

I. INTRODUCCION

Hemos comentado varias veces que el hecho celebrativo de la fe invita al hombre a descubrirse íntimamente ante Dios; a vivir una experiencia gratificante e integradora de cara a la sociedad; a buscar el sentido profundo de su vida en armonía y comunión con los demás hombres... que la vivencia de su fe le invita a luchar contra todo aquello que supone negación, muerte, aislamiento, falta de solidaridad... para afirmar la presencia de Dios en el mundo actual.

Fundamentalmente la celebración, la gozosa, actualiza el recuerdo y la presencia real de la mediación de Dios en la historia de todos y cada uno de los miembros de la comunidad.

Ahora volvemos a preguntarnos: ¿pero qué sucede en nuestras celebraciones?

Las celebraciones con jóvenes es una realidad sin resolver. Celebrar con los jóvenes es un camino que nos queda por hacer. Celebrar con los jóvenes es iniciar un camino siempre nuevo, para cuya andadura necesitamos valentía e imaginación creadora, cualidades que pide la

Iglesia al urgirnos a estar en permanente vigilancia sobre el desarrollo de los tiempos para aportar al hombre moderno soluciones positivas que respondan desde el evangelio al sentido de su vida.

Esto es lo que persiguen los jóvenes en la experiencia de la celebración de su fe. O mejor, lo que quieren conseguir.

Esta es la realidad. Y ahí está. En este trabajo me hago eco de esta situación.

2. LOS JOVENES YA COMIENZAN A HABLAR

Es evidente que el sentido de comunidad, teórico y práctico, está más desarrollado ahora que antes. No sólo por la influencia de los sistemas socializantes. La vida actual proporciona más ocasiones de encuentros de todo tipo. Por eso hay más facilidades para colaborar y una mayor sensibilidad para vivir y sentir el ambiente.

La actitud de muchos jóvenes cristianos frente a la liturgia celebrativa, tal como se lleva a cabo hoy, es de clara contestación. Contestación que, muchas veces, se concreta en la indiferencia, el absentismo, el rechazo o el silencio.

Aun en los grupos que ya van recorriendo un camino de fe existe no pocas veces malestar y frialdad en relación con la celebración litúrgica. Hoy, a todos los niveles, los jóvenes rehúsan ser simples oyentes. Quieren cooperar, ser responsables, discutir, hablar, buscar soluciones, participar... Incluso el pluralismo se afirma como necesidad vital. Muchos de los intereses de los jóvenes se encuentran en la participación de la vida litúrgica y, más en concreto, en la celebración eucarística.

Quieren fortalecer su fe en Cristo. Se esfuerzan plenamente por encontrar sentido a su fe, aunque la viven llena de fluctuaciones.

Creen en Cristo, pero de hecho lo desconocen por la ausencia de referencias mentales y vivenciales en el desarrollo real de su vida. Buscan un encuentro vivo con Jesús, dentro o fuera de la Iglesia. Ese descubrimiento debe ser singular a su manera, no excluyendo las formas habituales de la celebración cristiana. En este proceso de acercamiento, rechazan todas las formas de religiosidad impuesta, donde priva lo normativo, lo institucional. No se sienten vinculados ni a la estructura ni a la institución eclesial, frente a las que se sitúan entre el excepticismo, la hostilidad o el rechazo.

Respecto a la celebración eucarística, son varios los motivos por los que los jóvenes se encuentran hoy «desencantados». Con una sensibili-

dad distinta a la del adulto encuentran ciertos aspectos deficitarios. Por ejemplo:

a) Lo que no les gusta

1. Ni lo ya hecho, ni lo obligatorio

Cuando en una celebración el móvil básico es el precepto, los jóvenes se encuentran a disgusto. El dogmatismo o el ritualismo son actitudes que evidentemente rehúyen. Aunque aprecian el valor de la eclesialidad, les resulta inaceptable el énfasis que se pone con frecuencia en la obligatoriedad de la celebración.

Como tampoco entienden una celebración que esté legislada y reglamentada hasta en sus últimos detalles, aunque se les diga que son herencia de una tradición. Fuera de un determinado esquema básico, que ellos fácilmente pueden comprender, la obediencia a unas leyes litúrgicas (a veces mal presentadas o rígidamente interpretadas) les parece el mejor camino de matar una celebración.

Los jóvenes quieren tener libertad para buscar las formas litúrgicas que expresen la realidad de un encuentro con la vida y con Cristo.

La liturgia tradicional, e incluso la postconciliar, les parece como no pensada para ellos, como impuesta desde arriba. Quieren participar en la realización, en la búsqueda, en la reflexión. Dicho de otro modo: ya que quieren hacer de la Eucaristía un auténtico acontecimiento, rehúsan considerarla como un deber.

2. Un lenguaje lejano

A veces es el contenido mismo de la celebración, o al menos su lenguaje, el que les deja fríos. Con frecuencia los textos están en una clave demasiado teológica y abstracta. ¿No se podría expresar lo mismo con unas categorías más accesibles y llenas de expresividad?

A veces esta sensación de lejanía se puede deber a la falta de iniciación y formación (bíblica, litúrgica, por ejemplo) de los mismos jóvenes. Pero también puede afirmarse que otras veces es culpa del mismo lenguaje litúrgico, que resulta para ellos y también para los adultos una barrera que dificulta la participación consciente en el misterio.

No todo se ha conseguido con la traducción a las lenguas vivas. Eso, podemos decir, era la parte más difícil de la reforma. Y hasta ha servido para poner en evidencia un problema más hondo: la necesidad de un lenguaje más adaptado a la espiritualidad del cristiano de hoy.

3. *La falta de la comunidad viva*

Por su sensibilidad tal vez sea ésta la dimensión que más les impresiona, más que el lenguaje o unas formas más o menos atractivas: la falta de una comunidad convencida.

Muchas veces se sienten despersonalizados en medio de una asamblea pasiva, anónima, que no celebra con alegría. Y no sólo porque se encuentran poco acogidos, sino porque el clima, el rito, el lenguaje y la falta de participación activa ponen en evidencia a una comunidad no motivada y que no existe apenas como tal fuera de la celebración.

Cuando la comunidad cristiana tiene vida, en su misión de evangelización o de fraternidad, también suele tener vida su celebración.

No es extraño que los jóvenes deserten de esta clase de celebraciones. La «falta de modelos» en este campo es clara.

4. *Desconexión casi total con la vida*

La Eucaristía, como la oración y los demás sacramentos, son, en verdad, acción de Dios, iniciativa de Cristo, don gratuito de lo alto. Pero, a la vez, debe conectar con la comunidad que celebra. Y es aquí donde los jóvenes acusan a la liturgia de desconexión con la vida y con la historia.

La sensibilidad actual pone particular énfasis en esta conexión: ¿cómo se relaciona la celebración con el resto de la vida, con los grandes problemas humanos, con las urgencias de la historia sociopolítica? ¿No es demasiado aséptica e incolora la liturgia para unos cristianos vitalmente interesados en esta dimensión existencial de su fe? ¿No debemos ser menos paréntesis y más expresión y motor de la vida de fe? A muchos jóvenes les parece que nuestra liturgia no tiene eco alguno sobre la historia diaria: deja demasiado tranquilos a los cristianos que las celebran y no tienen incidencia en los interrogantes del hombre de hoy.

Viviendo los jóvenes plenamente su vida y sensibilizados por los problemas sociales, quieren una celebración más vital, que aporte soluciones que les dé los medios de comprender y trabajar y que les ofrezca las respuestas de la Iglesia y las del mismo Jesús.

Dan más prioridad a los acontecimientos y a las cuestiones que se plantean que al ciclo litúrgico impuesto desde fuera. Quieren poder expresarse en la celebración según los modos propios de expresión con una música y unos ritmos actuales, no pasados.

Buscan la autenticidad y simplicidad. Quieren expresar los símbolos y participar en los ritos que, para ellos, tienen que ser verdaderos.

Exigen, incluso, no una liturgia adaptada, sino planteada con nuevos es-

quemadas, una liturgia que hunda sus raíces en los problemas de hoy utilizando las formas y modos de expresión de hoy.

b) Los valores que más aprecian

Los jóvenes perciben y viven la riqueza del misterio eucarístico con matices propios. Los valores de la celebración son los mismos para todos. Pero ellos aprecian, a veces intuitivamente, más que otros grupos de la Iglesia, sea por la edad, la cultura o la formación.

1. La autenticidad de la celebración

La autenticidad, o sea, la sinceridad, la verdad, no es uno de los aspectos que, por desgracia, preocupe demasiado a los adultos. Por defecto de formación han aprendido a convivir con celebraciones, con vida y con gestos o signos desprovistos de expresividad y verdad.

Es una lástima que a veces esta inercia y falta de viveza se quiera apoyar en el respeto a la tradición o a las normas de los libros litúrgicos oficiales, cuando son éstos los que cada vez más invitan a una participación más plena y a la autenticidad en cada momento de la celebración.

Repetimos que los jóvenes tienen otra sensibilidad: intuyen la necesidad de unos signos más auténticos, de una palabra de Dios en verdad «celebrada», y no sólo recitada ritualmente, de unos gestos simbólicos —la paz, el saludo—, más expresivos de lo que quieren significar.

Buscan una celebración más basada en motivaciones de convicción que en la autoridad de la tradición o de la norma. Y aceptan aquellos elementos cuya razón de ser se les ha presentado convenientemente.

No es esta la instancia que ya el Concilio había señalado cuando dijo que había que dirigirlos «no sólo a que se observen las leyes relativas a la celebración válida y lícita, sino también a que los fieles participen en ella consciente, activa y fructuosamente» (SC 11) conforme a su edad, género de vida y grado de cultura religiosa (SC 19)».

2. Aprecian el sentido de la comunidad fraterna

Junto a la afirmación de su propia personalidad, es evidente que los jóvenes aprecian fácilmente su pertenencia al grupo y su acción comunitaria. Ellos más que nadie tienen una sensibilidad especial para «celebrar en común». Normalmente llegan a la experiencia de la oración o de la fe precisamente desde la experiencia de la oración o de la fe

precisamente desde la experiencia de grupo. Es ahí, en el seno de la comunidad cristiana, tanto si es la propia de ellos como otra más heterogénea que sabe acogerles, donde experimentan el encuentro con Cristo y su Palabra, donde entienden los signos de la fe, donde la Eucaristía conecta con la vida y les compromete a la acción. Naturalmente que la fe invita siempre a una decisión personal, a la respuesta de cada uno, que es intransferible. Pero cada vez más para los jóvenes eso sucede con el apoyo de la comunidad. Por eso no es nada extraño que no quieran celebraciones anónimas en las que no se sienten acogidos.

3. *Una mayor creatividad*

Una creatividad que es dinamismo, variedad, potenciación de cada rito en su verdadera naturaleza. La celebración no debería basarse en una actitud defensiva y conservadora, meramente repetidora de fórmulas dadas, sino en clave de recreación.

Los libros litúrgicos, instrumentos relativos y necesarios a la vez, son para ellos válidos en cierta medida. Al igual que otros «Directorios» es también lógico que los jóvenes tiendan a un lenguaje propio y a un clima de creatividad.

Es verdad que la liturgia no se inventa cada vez, porque hay un núcleo de contenidos y de fórmulas eclesiales que nos vienen dados, pero eso no justifica el anquilosamiento y el fixismo. No es extraño que los jóvenes busquen mayor espontaneidad, cosas más concretas, cercanía y expresividad, para lograr una celebración más festiva y creativa.

c) Aspiraciones concretas

Sea cual fuere el grupo humano que celebra, la mayoría de estas asambleas de jóvenes aspiran a que la Iglesia haga un hueco para ellos, su mundo, sus vivencias, sus problemas, sus esperanzas. Aspiran a una celebración en la que se digan cosas útiles para ellos, que responda a sus urgencias. Ellos creen que tienen una forma propia y personalizada de celebrar su fe distinta de la de los adultos, por lo que reclaman formas distintas en la celebración que respondan a su tipología particular.

Quieren encontrar sinceridad y acogida en la gente que participa; que las relaciones del grupo o comunidad de los que se reúnen para rezar y celebrar fueran más fuertes. Facilitaría la expresión y comunicación: realmente las reuniones serían una fiesta en recuerdo de Jesús.

Para ellos la música es un lenguaje fundamental en la celebración. Aspiran a que la Iglesia incorpore a la misma una música de mayor ca-

lidad. Que se valore en la celebración la expresión corporal y musical del cuerpo como un exponente necesario de la fiesta. Que la música sea una música que recoja todos los aspectos de contenido y mensaje referenciales a las generaciones actuales.

d) Deficiencias que se explican y peligros a evitar

Frente a este abanico de aspiraciones y de instancias positivas, podemos encontrarnos con una serie de aspectos deficitarios, explicables en gran parte por su sicología y las condiciones personales de sus vidas.

1. La falta de sentido de la tradición

Aunque no es exclusiva del terreno litúrgico, aquí puede tener unas manifestaciones concretas. El sentido de la tradición no lo tienen muy desarrollado. No tienen pasado. Más bien presente y futuro. Y los jóvenes necesitan una iniciación gradual al sentido de tradición. El peso o el argumento de la tradición no les infunde tanto respeto como a los mayores. Esta carencia hace que los jóvenes miren poco hacia el pasado. Y sería un empobrecimiento el que no integraran en su personalidad esta dimensión de su fe cristiana.

Y en el caso de las celebraciones sacramentales, antes de ser iniciativa nuestra, son un don, y que a través de los siglos nos vienen del mismo Cristo y han sido celebradas por la comunidad cristiana desde hace veinte siglos.

De algún modo nos vienen dadas las «reglas del juego» de la fe y de su celebración.

2. Su falta de sentido de Iglesia

A veces se da el caso de que no tienen conciencia de esta realidad. De la Iglesia que también cree en Cristo y que celebra la Eucaristía. Y corren el peligro de encerrarse, desconectándose de la comunidad tanto local como universal.

Es una tentación de los grupos demasiado homogéneos y autosuficientes, que a veces les lleva al rechazo de lo que no es su propio estilo o su propio grupo. Superando la tentación del subjetivismo y del individualismo, las celebraciones juveniles deben también abrirles a la riqueza de las Eucaristías celebradas en unión con la comunidad.

3. *La superficialidad y el subjetivismo*

La Eucaristía es celebración de fe, escucha de la Palabra, comunión con Cristo. No puede quedarse en la emoción del encuentro humano. Si no se profundiza en la fe y en la celebración verdadera, lo demás no vale gran cosa.

El contenido de la celebración cristiana debe ser claramente expresado; el misterio de Cristo, los signos de la alianza, la palabra de Dios, la actuación gratuita de Dios...

Por ejemplo. El caso de «las celebraciones temáticas». Deseos o realizaciones se fraguan en la celebración, tomando como base un acontecimiento de actualidad, o una cuestión planteada por el grupo.

La búsqueda de respuestas y soluciones se buscan en cualquier fuente que va desde las profanas hasta terminar, como último recurso, en la Iglesia y en Jesucristo.

Hay un deseo, pues, de presentar unos testimonios, no sólo en la preparación, sino en la misma celebración. La liturgia envuelve al grupo, al hombre allí donde esté, con sus problemas.

La celebración es entonces un momento fuerte. No se trata de cumplir un deber cualquiera, sino de manifestar una preocupación general: guerra, hambre, paz, ayuda... Ante esto se busca la luz que iluminará las distintas respuestas; se quiere conocer las exigencias y la postura de Cristo. De esta forma la comunión es un gesto de solidaridad concreta de acuerdo con la enseñanza del Evangelio, y con aquellos que quieren adherirse a ello.

La Liturgia, que aparece de esta forma encarnada y realista, choca de inmediato con ciertas dificultades.

La primera es que se hace de la liturgia un acontecimiento puramente humano relativizándolo todo. La creatividad y celo puede llegar, incluso, a inventar una «misa» que no tiene que ver nada ni con el Testamento de Cristo ni con la Celebración eucarística que la Iglesia nos ofrece.

Hay peligro de ser muy subjetivo, egoísta y romper, en cierta forma, con la Iglesia en favor de los «ghetos».

Existe también el peligro de un humanismo subjetivo y grupal a la vez; es decir, confundir la celebración eucarística con una comida fraterna; la acción de gracias, la conversión, la profesión de fe en Cristo y en la Iglesia, la comunión sacramental... confundirla con un legítimo deseo de crear lazos fraternos y crear una especie de comunidad humana pluralista cuyo común denominador no es la fe en Cristo, sino una alianza simpática y útil entre los hombres.

4. *El perfeccionismo y la falta de perseveración*

«Muchos grupos que empiezan con entusiasmo suelen conocer una historia muy breve de camino.»

Esto es cierto sobre todo cuando lo han edificado sin profundidad de fe y sin un programa exigente. Y, sin embargo, este programa exigente es el que a veces puede llevar a una exigencia demasiado radical o al desánimo y a la falta de perseverancia. El perfeccionismo les hace apreciar sólo su propio estilo de celebración, no llegando a ver ningún valor en el más comunitario. Hasta que llegan a ver la diferencia de condicionamientos y, sobre todo, la perspectiva de que ellos mismos pueden contribuir a dar un tono de mayor vitalidad a la asamblea de adultos, sin cerrarse en un narcisismo espiritual.

Es cierto que hay que procurar entre todos mejorar las celebraciones. Mientras tanto habrá que saber compaginar la emoción de unas experiencias juveniles con la sobriedad de otras eucaristías, la alegría festiva de las celebraciones propias con la menor expresividad y la monotonía de las otras.

3. IMPLICACIONES SERIAS DE LAS MISAS DE LOS JOVENES

Aun aceptando todo lo anterior, que sería peligroso, los problemas de las misas de los jóvenes no quedan resueltos. Se constata hoy día una inquietud por sostener y animar a los jóvenes en su proceso religioso. Pero quizás estas iniciativas, algunas veces demasiado dispares, no dejan de implicar un peligro, desapercibido habitualmente, inspirado por un celo pastoral auténtico.

Se corre el peligro de aislar y circunscribir el problema como si el desencanto de los jóvenes ante nuestras celebraciones litúrgicas, las celebraciones eucarísticas, fuesen tan sólo una manifestación de sus crisis, siendo así que sus dificultades ponen de manifiesto el otro problema fundamental.

Se trata más bien de la crisis adulta del movimiento litúrgico, de las que «las misas de los jóvenes» sólo es un síntoma. Trataremos de ahondar el problema.

a) Un mundo de paradojas

Después de veinte años de época postconciliar se sigue hablando todavía de renovación, adaptación y encarnación. El cristianismo debe preo-

cuparse por su inserción en el mundo; el Evangelio debe esforzarse por incorporar la cultura humana, la Iglesia debe esforzarse por no desvincularse de las grandes preocupaciones de los hombres; el cristiano no tiene derecho a refugiarse en un ghetto, sino asumir su parte en el trabajo gigantesco de la construcción del mundo. Y la liturgia no podía cerrarse a esto. La liturgia, que tiene su parte de responsabilidad en la construcción de un mundo nuevo, tiene que ser sensible a las necesidades del hombre actual para ser fuente de inspiración de su vida ordinaria.

Esta concepción fue acompañada por severas críticas dirigidas a la liturgia preconiliar. Se la reprochaba quedarse al abrigo de todos los vientos y encerrada en ella misma. Se dijo que se podía celebrar como si el mundo no hubiera existido; el tiempo y el lugar de esta liturgia no tenían ninguna relación con el tiempo y el medio real de la vida diaria.

Estas afirmaciones tienen parte de razón. En cualquier caso, cuando en el Concilio se tomó conciencia de ello, se inició un movimiento inverso originando uno de los movimientos más grandes de la historia de la liturgia: la liturgia es para el hombre y no al revés.

El movimiento litúrgico no ha cesado de recordar con insistencia que la liturgia no puede abstraer al hombre de su verdadera existencia.

Pero no hay que olvidar que toda reacción lleva consigo su propio peligro. Es decir, considerar la liturgia pura y simplemente como una actividad de la existencia humana puede llegar a ser, y hasta serlo efectivamente, tan unilateral como considerarla como un mundo aparte, algo celestial y mágico que viene a ahogar la conciencia humana.

En otros términos, una concepción inmanentista o humanista del cristianismo no está menos exenta de error que la concepción vertical y trascendentalista. El cristianismo no coincide con el humanismo, la fe no se identifica con la razón, el evangelio no es simplemente una expresión cultural de la humanidad, ni la liturgia una práctica más de la existencia HUMANA.

¿Qué es entonces?

Es difícil moverse en un mundo de paradojas, en un universo bipolar, del cual, los dos términos se excluyen mutuamente, pero no deben ser tampoco identificados.

Por lo tanto, las relaciones del cristianismo y de la historia, del evangelio y de la cultura, de la Iglesia y del mundo, de la liturgia y de la fiesta humana... plantean siempre un problema de continuidad y discontinuidad al mismo tiempo. No puede pensarse en estos binomios olvidando que evocan relaciones continuas y discontinuas al mismo tiempo.

De aquí que la liturgia cristiana es una prolongación de la fiesta humana, pero al mismo tiempo la sobrepasa. No se puede, en consecuencia,

llevarla a la práctica sin constatar la tensión entre los dos polos opuestos que se atraen mutuamente. Aparece como una paradoja vivida; es el resultado de la oposición dialéctica entre la revelación y cultura, Iglesia y mundo, fiesta humana y don de arriba, receptividad y expresividad.

Por eso, reflexionar a partir de paradojas es difícil. El espíritu moderno, atraído por el análisis, se mueve en un mundo de conceptos unívocos. La paradoja le es difícil, la reduce inmediatamente a sus dos términos dialécticos y, con frecuencia, por el mismo hecho la suele reducir a la univocidad: los dos polos son fácilmente concebidos cuando se les considera por separados mientras que la relación paradójica escapa siempre a la conciencia clara y a la transparencia racional.

La paradoja fundamental del cristianismo es el de la Encarnación, la irrupción de Dios en la historia. Guardando su valor propio y autónomo, los acontecimientos de la historia (judía y cristiana) no dejan de ser «maravillas de Dios».

Los personajes, las palabras, las acciones de la Historia de la Salvación, pertenecen totalmente a este mundo y son, sin embargo, igualmente manifestaciones de Dios, hierofonías.

La paradoja de la liturgia no es más que reflejo de aquélla. Estructurada también según la ley de la encarnación presenta las mismas dificultades y ofrece las mismas riquezas. Vamos a examinar de qué manera se traducen en el campo litúrgico.

Desde el Vaticano II los cristianos se han dado cuenta de que la «comida del Señor» tiene lugar en la actividad humana. Se ha insistido en el hecho de que, para llegar a un nivel indispensable de credibilidad, la Eucaristía tiene necesidad de símbolos y del ambiente que encontramos en una comida humana. El altar recuerda cada vez más a una mesa, mientras que la disposición del grupo se modifica de tal manera que se puede hablar de invitados. El lenguaje utilizado es el de todos los días, la Plegaria eucarística, conforma a su género literario original, se parece al discurso del presidente de la mesa.

Pero este aspecto humano de la Eucaristía, su verdad natural, corre el riesgo de invadir la psicología de los participantes. La disposición alrededor de la mesa, el mobiliario, la materia y la forma más auténtica, del pan eucarístico... todo ha de contribuir a acercar la comida del Señor a la vida de los hombres.

Por otra parte, si se organiza la Eucaristía de tal manera que se contribuya a calmar una necesidad física, la paradoja se encuentra eliminada: una comida en la que se come según el particular apetito, difícilmente puede ser la del Señor porque prácticamente se ha perdido su

función simbólica. No guarda ya ninguna referencia perceptible y clara al hombre espiritual. El lado epifánico de tal liturgia viene a ser prácticamente nulo. El elemento de discontinuidad entre la comida humana y Eucaristía desaparece. Esta exige siempre esta discontinuidad: la comida de los hombres no es por ella misma ni el memorial del Señor ni el recuerdo de la cena. La tensión entre estos dos términos se conserva sobre todo por la Palabra. Su carácter simbólico, es decir, no cotidiano, entrañará un cierto empequeñecimiento de la comida humana: en ella no se puede comer según el apetito que se tenga.

b) Experiencia, sentimiento y fe

El hombre moderno cree cada vez menos en celebraciones que otorgan un lugar reducido, sino nulo, a la experiencia existencial y al calor humano. Cree que las realidades reveladas, como la gracia, la fe, la presencia del Señor en Espíritu, la comunión fraterna... deben tener su dimensión psicológica, no pueden escapar totalmente al contenido de la experiencia humana. Es necesario «sentirlos», «percibirlos». Sin entrar en este difícil problema de la experiencia religiosa, digamos solamente que esta convicción del hombre de hoy tiene todas las posibilidades de implicar una parte de verdad.

En todo caso, la liturgia actual intenta devolver a la Eucaristía su calor psicológico humano, lo que es ciertamente legítimo, ya que lo litúrgico, por definición, no puede desinteresarse de los sentidos.

Pero quizás sea necesario recordar a tiempo que tampoco aquí se puede eliminar la paradoja. El valor de la comida eucarística reside en primer lugar en la fe de los participantes y no depende, de ningún modo, del nivel cultural o psicológico alcanzado durante la celebración. No se puede concebir una liturgia eucarística en la que las preocupaciones culturales y psicológicas (música, coreografía, lenguaje y texto, homilía sobre los problemas de actualidad...) tomasen una importancia tal que, prácticamente, esto no se realiza casi nunca teóricamente, la referencia a Cristo resultaría totalmente oscurecida. Una tal comida extraería todo su valor y toda su nobleza de su contenido humano. No pasaría del nivel de un acto de religión natural y no podría llegar a ser el memorial del Señor.

Fe y experiencia no coinciden forzosamente. También aquí se encuentra una cierta discontinuidad. La fe trasciende el sentimiento humano. Lejos de situarse pura y simplemente en la prolongación de los deseos y de las simpatías del corazón humano, llega a crucificarlas para permitirles llegar a su realidad más profunda.

c) La fe buscada y la fe confesada

En muchas plegarias de construcción moderna puede reconocerse un interés continuado de tomar al hombre concreto, sus problemas, sus aspiraciones, miserias... lo que tiene evidentemente una importancia capital: la inserción de la liturgia en la realidad y las posibilidades de redención de mundo.

¿Pero cómo olvidar que la eucología cristiana no puede contentarse con registrar el nivel de fe y de generosidad de los que rezan? Todos nosotros buscamos creer a través de muchas tentaciones y dudas. Cada uno, según su pobre medida, nos esforzamos en esperar y amar. Pero la liturgia no puede resignarse a ser como nosotros. No debe formular únicamente nuestras dudas y nuestras infidelidades; no puede contentarse con dar un balance neutro de nuestra fe tambaleante.

Es fe confesada y proclamada para que nosotros nos agarremos a ella. En todo momento y a lo largo de toda celebración, debe pasar lo que de hecho se encuentra en nosotros. La liturgia no puede pertenecer sólo al orden de la constatación, sino al de la confesión y al de la proclamación.

Por ello una Plegaria eucarística que se limitara a anunciar los artículos de la fe en la Eucaristía que la asamblea actualmente reunida no tiene dificultad alguna en aceptar, no puede justificarse como Plegaria eucarística. Es el recuerdo objetivo de la Cena del Señor en toda su riqueza, confesión de la fe de la Iglesia que proclama el celebrante incluso si él no encuentra personalmente alguna dificultad. No podría limitarse a lo que la comunidad o el creyente puede soportar individualmente elevarles a su misma altura, pero esto no puede hacerlo como si no hubiese participantes. Es nuevamente en este mundo de paradoja de la fe que se busca y de la fe confesada en el que la liturgia debe situarse.

d) Comunidades humanas y asambleas creyentes

En los últimos tiempos se ha estudiado mucho las relaciones entre las diferentes formas de comunidades humanas y la asamblea litúrgica. La sociología religiosa tiene grandes méritos y ningún liturgista o pastor puede desentenderse en modo alguno de ella.

Pero aún hoy se encuentra la misma paradoja. Evidentemente la asamblea litúrgica no se constituye de hecho más que por medio de una u otra forma de comunidad humana.

No hay asamblea cultural que no pertenezca al mismo tiempo al mundo de la sociología humana de tal manera que el estudio de las diferentes leyes que rigen la formación de grupos tiene una importancia capital para el liturgista y el pastor, sobre todo en la hora actual en la que asistimos a un profundo movimiento de las bases de la sociedad humana. Parece claro que deberá tenerse en cuenta, al menos, uno de los resultados adquiridos por los estudiosos: la necesidad de asambleas menos numerosas.

Pero no es menos cierto que sociología y fe no coinciden, que hay una discontinuidad entre la comunidad humana y la comunidad de creyentes. Ninguna agrupación humana crea, por su propio dinamismo, una comunidad de creyentes. Las leyes de cohesión sociológica no se prolongan automáticamente en las leyes teológicas de la asamblea cristiana. En efecto, la caridad de los discípulos de Cristo no se confunden con ningún vínculo natural; los sobrepasa todos: amistad, proximidad geográfica, lingüística, racial, e incluso familiar.

La Comunidad eucarística está de suyo abierta a todos, a lo universal. La asamblea cristiana anticipa simbólicamente la comunidad escatológica hacia la que, por medio de realizaciones parciales y progresivas, se dirige a la humanidad entera. Por esto una liturgia para pequeños grupos no puede ser tal, que esta apertura hacia la gran Iglesia y la comunidad humana escatológica quede, de hecho, obstaculizada. Una liturgia así debe superarse a sí misma aunque constituida de hecho y por el tiempo presente a base del grupo humano, la comunidad eucarística no se identifica nunca con él. La curva de progresión que debe seguir no es idéntica con la que refuerza los lazos de cohesión natural de los grupos humanos. La celebración eucarística donde todos pueden entrar sigue siendo indispensable en la liturgia cristiana.

e) Rito y palabra

Muchos sacerdotes que tienen experiencias de las «misas de los jóvenes» han observado la dificultad de pasar de la liturgia de la Palabra a la liturgia Eucarística.

En alguna parte, hacia el Ofertorio, la atención baja y muy amenudo incluso cae completamente. Este hecho se explica normalmente diciendo que los textos de la Plegaria eucarística quedan muy al margen de la mentalidad de los jóvenes, ya que, a partir de este momento, el celebrante, que había conseguido cautivar la atención de los asistentes, pierde a menudo todo contacto con la asamblea.

Esta explicación lleva consigo una buena parte de verdad, pero no es suficiente.

De una u otra parte de la celebración, se pasa de una liturgia de tipo catequético a otra de tipo místico. En ésta, la acción tiene más importancia que la palabra. Una liturgia de transparencia cede el lugar a una liturgia de densidad. La catequesis se retira ante la praxis sacramental.

Ahora bien, la Iglesia, en estos últimos tiempos, está haciendo un esfuerzo porque se explique y se haga una catequesis de celebración. A veces esta catequesis se ha excedido, sin embargo. Acontece muy a menudo que el servicio de la Palabra dura más que la parte sacramental de la celebración eucarística. En ciertos casos se puede constatar una verdadera ruptura de equilibrio. Así la liturgia eucarística aparece como una especie de apéndice después de las lecturas y de la predicación. En todo caso, el «rito-acción» se vuelve psicológicamente menos esencial. Por todo ello, si la eliminación de ritos vacíos y del arqueologismo constituyen, sin duda, un progreso, la liturgia se ve amenazada de nuevo por un empobrecimiento considerable.

La acción ritual gana efectivamente en densidad religiosa y en peso psicológico, lo que quizás pierde es en claridad. La praxis, aquí también, tiene su valor: da cuerpo a la Palabra. La densidad y esta especie de opacidad producida por el rito forman la matriz de toda palabra esclarecedora. De ahí resulta una carga de significación muy densa, fuente inagotable de todo lenguaje y de toda catequesis. No se puede reducir la celebración a «un discurso»: el aspecto místico de la acción es fundamental.

Ciertamente, el rito sin palabra es mudo e indeterminado, pero la palabra sin el rito es flotante y sin objeto. Nos encontramos aquí, todavía, ante una paradoja. Porque sigue las leyes de la encarnación de Dios en la historia, la liturgia cristiana será siempre, al mismo tiempo, claridad y densidad, palabra y acción, de orden didáctico y de orden místico.

La participación de los fieles en la celebración no podrá, por tanto, reducirse a mirar y a escuchar: pide también «multiplicación» de pan y el vino, exige que se coma y se beba.

La desaparición del rito o su empobrecimiento progresivo lleva consigo, probablemente, una reducción peligrosa de la paradoja de la liturgia cristiana en beneficio, indispensable, no debe de ningún modo ahogar el rito.

4. ¿PUEDE LA IGLESIA APRENDER DE LOS JOVENES?

En principio la Iglesia tiene que escuchar la voz de los jóvenes. Deberá aceptar las interpelaciones que estas nuevas o antiguas instancias de la juventud levantan en relación con la liturgia, con todo lo que tienen de contestación y por las posibles pautas que pueden marcar para el futuro. Porque en el fondo, ¿no es acaso la Iglesia, la comunidad cristiana, la que necesita de una Eucaristía más viva, auténtica, alegre, juvenil?

Tanto la ausencia masiva de los jóvenes como sus voces de protesta y, sobre todo, los esfuerzos que ya muchos grupos hacen por vivir la Celebración con un claro sentido de autenticidad, son una denuncia contra otras tantas Eucaristías. La Iglesia y la comunidad cristiana harían bien en aceptar esta denuncia y lo que aporta de crítica a los sacerdotes que presiden, por su estilo de presidir, al lenguaje de la liturgia y al clima de la Celebración. Esto no es una invitación y un compromiso. Hay que trabajar con todo empeño para que las Eucaristías lleguen a ser una experiencia gozosa de la fe atrayendo a los niños y a los jóvenes.

Los jóvenes cristianos también son Iglesia. Tienen que aprender, cierto. Pero también tienen bastante que enseñar.

a) *La Iglesia tiene que aceptar el pluralismo*

Significa dar un margen de confianza a los intentos que los grupos juveniles, corrigiendo esa actitud radical de sospecha que en buena parte de los mayores existe en torno a las experiencias juveniles. Nos quejamos porque los jóvenes no asisten. Pero cuando lo hacen, a su estilo, claro, y no según nuestras categorías, nos quejamos de su estilo de fe, de sus formas de expresión, o de la manera de vivir la celebración.

Es lástima que muchas celebraciones, muchas pascuas juveniles, muchos encuentros de oración, celebraciones de la fe..., llenas en la mayoría de los casos de indiscutibles valores, sean recibidos, tanto por la jerarquía oficial como por particulares, con una clara actitud defensiva y crítica.

El discernimiento es necesario y además es una de las maneras más nobles de buscar el bien de los jóvenes: ayudan a ver los valores y los inconvenientes. Pero medir, de entrada, toda tentativa creadora con la lupa de la ortodoxia teológica o de la normativa rubricista es condenar al fracaso la pequeña dosis de esperanza e imaginación que todavía queda en los mismos jóvenes y en sus animadores más cercanos.

Por lo menos habrá que asegurar que la comunidad cristiana acepte sin desconfianza la pluralidad de estilos en su celebración litúrgica.

b) *Por una liturgia más creativa*

Creatividad no significa necesariamente originalidad y cambio. Para algunos decir «creatividad» es pensar inmediatamente en «algo contra lo establecido», algo original, novedoso, cuanto más audaz mejor. Y no es exacta esta perspectiva. Precisamente hay una creatividad intrínseca en toda celebración. La liturgia es creativa por naturaleza. No es repetición mecánica, ni una sucesión de ritos establecidos. Es «celebración», «experiencia» cada vez nueva de la Palabra, del sacramento...

Fundamentalmente la creatividad no consiste en cambiar. Es dar vida. Ciertamente habrá que variar, buscar la oportunidad de cambiar, atreverse a crear nuevos signos... Pero también es creatividad dar vida a los textos, a los signos, a las estructuras ya establecidas. Y para esto hace falta una dosis de imaginación y de creatividad.

Una de las observaciones que se hacen a la reforma es que no ha ido acompañada de la debida profundización catequética ni de la activación creadora de la participación por parte de la asamblea, dando una sensación de pobreza en el tono general de la celebración.

Esto supone, por una parte, la formación de personas, la catequesis; por otra, se pide una voluntad valiente e imaginativa por parte de la Iglesia para adaptar la liturgia en clave de mayor flexibilidad creadora. El lenguaje de muchos textos deja bastante que desear: sin empobrecer el misterio celebrado se podría acercarse mucho más a la sensibilidad de los jóvenes en la dirección en que se ha movido ya la adaptación de las misas con niños, por ejemplo. Y creemos que esto es una pista realista y pastoral también para los jóvenes cuando buscan para su celebración una puesta en escena más amable, una participación más cercana, una adaptación más clara a su psicología, un papel de protagonistas en la celebración, aun respetando todos los valores de los diversos «actores», sobre todo el del presidente.

Da la impresión de que a veces las iniciativas particulares en la creatividad litúrgica se podría haber orientado y reconducido mejor si hubiera habido una labor creativa y mentalizadora en las personas responsables de la comunidad cristiana.

Al decir esto nos olvidamos que esta búsqueda de adaptación creativa tiene que saber conjugar los varios aspectos que entran en juego en la liturgia: el don de Dios con la expresión eclesial, el núcleo inmutable con los elementos más variables...

Pero estas afirmaciones no deben asustar ni hacer que se adopte una postura inactiva, y menos aún, actitud de desconfianza.

Los peligros a evitar los sabemos todos. Una mala realización de una celebración con jóvenes puede empobrecer y trivializar sus contenidos,

confundiéndolos con otros niveles que pueden ser buenos pero no respetan la identidad de la celebración cristiana. Pero pensamos que tenemos por delante un largo camino por recorrer y un trabajo a realizar para lograr esa celebración más viva que el Concilio ya inició

5. CONCLUSION

Las «misas de los jóvenes» no son un paso en falso. Los jóvenes no son algo secundario en el campo pastoral de la Iglesia. Son una fuerza real, realidad que merece toda atención y respeto.

Las iniciativas que surgen por doquier subrayan uno de los términos de la paradoja cristiana: Dios se ha hecho hombre. No se puede dejar de animarles a proseguir esa dirección.

Pero no es menos importante el tener una conciencia viva y lúcida del hecho de que el cristianismo comporta también otro polo a respetar: es Dios el que se ha hecho hombre.

Los esfuerzos por la renovación servirán a un verdadero protagonista en la medida en que se escoja el difícil camino de la paradoja, pero infinitamente rica.

El problema planteado por «las misas de los jóvenes» no encontrará su solución más que en la reflexión sobre el cristianismo en general y la liturgia en particular.